

Inmigrantes en nuestra propia patria*

MARÍA CECILIA FERRAUDI CURTO**

“En la época de Perón fueron visibles como cabecitas negras. Ahora lo serán como villeros” (1971a:81). En estas palabras, es posible sintetizar un eje analítico que recorre ambos libros desde su título. Tanto *cabecita negra* como *villero* constituyen “motes” utilizados en diferentes momentos de la historia nacional para aludir a personas que, según Ratier, “sociológicamente” son las mismas. Si ambos registran las huellas de las migraciones internas, entre ellos media la diferente “posición respecto al poder”, un proceso de “marginación” vinculado a la caída de Perón. Mientras *cabecita negra* es el insulto que busca conjurar el acercamiento entre clases en términos raciales, *villero* prevalece cuando la amenaza desaparece y el “pobre” emerge como objeto de estudio e intervención.

Esta forma de iluminar la relación entre categorías de uso habitual y posiciones de poder se enmarca en el intento de desmontar la imagen despreciativa de esos migrantes internos. En *Villeros...*, el antropólogo lo hará poniendo al “protagonista en acción” desde Empedrado (o Chilcecito) hasta las villas de Buenos Aires. En *El Cabecita Negra*, en cambio, se centrará en la reconstrucción histórica del “racismo argentino”. En ambos, denunciará a las políticas que, a excepción del gobierno de Perón, siempre apuntaron a la erradicación de las villas y, en términos más generales, a la negación violenta de dichas “sangres”. En este sentido, “la villa es apenas una manifestación del gran problema argentino” (1971b:29).

Escritos en 1971, ambos libros exclaman formar parte de un clima de época. Internarse en su lectura implica, ante todo, sentir la agitación de otros tiempos. Reconociendo la distancia, eludir el deseo de dictaminar qué perdura será un desafío de esta reseña.

Como parte de la colección “La historia popular/Vida y milagros de nuestro pueblo”, ambos textos se dirigen a un público masivo en el marco de un proyecto editorial innovador que propone libros de historia nacional, poesía o literatura infantil para venderse en los kioscos.¹

* A propósito de *El cabecita negra* y *Villeros y villas miseria* de Hugo Ratier (1971a, 1971b).

** UNSAM/CONICET.

¹ Para una historia del Centro Editor de América Latina, véase Bueno y Taroncher (2006).

El mismo estilo de Ratier, que recurre a las anécdotas personales, a las observaciones irónicas, a las citas de Rozenmacher, de Sarmiento o de un “poeta villero” (la cual da título a esta reseña), muestra cierta imagen de su lector que luego se explicita:

“Quien vive en la ciudad, quien nació en una clínica, fue a la escuela primaria y luego a la secundaria, consiguió un empleo y un sueldo, llega a su casa y prende con naturalidad la luz eléctrica, abre la canilla y se lava con agua abundante, cocina en un artefacto a gas y, por sobre todo, *come todos los días*, tiene que hacer un gran esfuerzo de imaginación (...) para concebir que alguien considere que su vida ha mejorado en el ámbito sórdido de la villa miseria” (1971b:75, subrayado en el original).

Para este lector, Ratier desmiente la “leyenda negra de los monobloques”. Pero no solo a él se dirigen sus escritos. Resaltando la “dimensión política” del problema, discute con los “intelectuales” y, en especial, con la sociología “cientificista”. Esta crítica se despliega más ampliamente en las páginas de su primer libro.

¿Esto es Buenos Aires?

Casi como su lector, Ratier llega a Empedrado (Corrientes) preguntando “por qué se vienen”. Basado en una indagación propia realizada en 1966 entre los agricultores de la zona, enseguida invierte la pregunta: “por qué se quedan”. El régimen latifundista de tenencia de la tierra, la deforestación provocada por la empresa La Forestal para alimentar los primeros ferrocarriles, el vaivén anual entre los algodones de Chaco y la tierra natal, la visita de algún “porteño” que paga los tragos y cuenta anécdotas exageradas sobre su éxito en la gran ciudad... una vez en el terreno no es tan difícil entender las migraciones. Es un resquicio que el pueblo encuentra para defenderse, concluye.

El texto transita por La Rioja, siguiendo a Margulis (1968), y por el noroeste, a partir de recorridos propios, hasta retornar a las villas. Si sus críticas a la teoría de la modernización apuntan a la rigidez del planteo que separa lo rural y lo urbano (asociándolos respectivamente a determinadas pautas culturales), al uso de escalas de actitud o a la noción de adaptación como meta del proceso de urbanización, su propuesta cobra mayor densidad cuando se incorpora a sí mismo entre los juzgados. “En todos esos estudios –incluso los nuestros– falta una dimensión: la política” (1971b:85).

Para analizar la dimensión antes ausente, Ratier parte de la organización interna de la villa. No se trata sólo del lugar ocupado por las instituciones vecinales (generalmente informales y centradas en los líderes pero fortalecidas en momentos de crisis) sino también de los emprendimientos de los bolivianos para construir un barrio, los clubes de fútbol o la comparsa. Pero este es sólo el comienzo. Luego de desarrollar críticamente la supuesta relación de la villa con la delincuencia, el alcoholismo y la vagancia, el autor se dedica a las diferentes formas de intervención que, de un modo u otro, apelan a tales imágenes para justificarse. Distingue tres: acción social y política de los intelectuales, razzias policiales y planes de erradicación. Este recorrido desemboca en el prejuicio, de un lado, y el cierre de la villa sobre sí, del otro.

¿Qué definición de política guía este recorrido? En su conclusión, Ratier vuelve sobre la crítica al concepto sociológico de “marginalidad” que orienta su análisis.² Las investigaciones que lo proponen olvidan aquello que está en el origen de su propio interés por las “poblaciones marginales”: la “pérdida de poder” de las mismas. Tomada en esos términos, la elaboración de la dimensión política viene a resituar el tema de las villas para romper con el “fijismo” que aquella visión genera. “La llamada marginalidad del hombre en la villa, su evitación del contacto con la ciudad, sus escasas incursiones por el centro, indican su pérdida de poder” (1971b:110). En *El Cabecita Negra*, Ratier retomará este argumento, ahora con más desenvoltura.

2 “Cuando hablamos en este libro de grupos marginales, pensamos en conjuntos de individuos situados de tal manera en el sistema, que ven restringida su participación en diversas esferas de la vida económica y social, comparados con otros grupos mayoritarios con los que están vinculados. Los grupos marginales suelen estar localizados en los límites sociales y ecológicos del sistema” (Margulis 1968, 16).

La muchacha

“En casa de una familia amiga, vimos una chica morena, a la que ubicamos inmediatamente como ‘la muchacha’, el eufemismo prescripto para referirse a la sirvienta. Cuando nos la presentaron, fue una mayúscula sorpresa saber que era hija adoptiva de nuestros amigos, profesora, y que resultaba un placer alternar con ella” (1971a:24).

La anécdota personal sirve para mostrar un problema: el de la relación entre “color de piel” y “clase”, tal como es procesada por “nuestra” lente cultural. Como en su libro anterior, el “matiz político” completa el cuadro, desde un juego de oposiciones que se equiparan: provinciano/porteño, nuevo obrero/clase media, peronista/antiperonista, el cabecita negra-villero/la gente.

Para presentar el drama argentino, el texto sigue una receta histórica ya probada, simple y efectiva, desde la cual produce un giro. Cuando

marca el cambio entre los tiempos de Perón y su presente, Ratier introduce una tensión en el esquema dualista de la historia nacional. Ya no repone infinitamente la misma tragedia, aunque otros sean los nombres de sus protagonistas. Su antropología militante conspira contra su revisionismo, en una batalla sorda (y, por tanto, irresuelta).

Si en el uso del mote cabecita negra es posible observar “el reconocimiento antropológico de la lógica con que opera una categoría nativa” (Guber 1999, 115), es en el cruce entre interrogación y experiencia personal (al combinar singularmente distancia y compromiso) que Ratier da cuenta de la historicidad de dicha categoría y su vinculación con las posiciones relativas de poder. Hoy, sus libros son analizados como parte de los comienzos de la “antropología social” en la Argentina, junto con las obras de Hermitte, Vessuri o Archetti, entre otros. “Todos coincidían en que la antropología debía ocuparse de las ‘sociedades complejas’ y que ellos hubieran referido como ‘problemas de la sociedad nacional’ (...). A diferencia de quienes optaban por la etnología, se volcaron a estudiar la población rural, incluyendo a la población urbana, cuyos procesos estaban estructuralmente ligados” (Guber 1999, 108-109).

En los textos reseñados, el desafío se distingue por enfrentar a la misma Buenos Aires. Desde allí, Ratier logra un diálogo fructífero con otros escritos sociales y políticos de la época (incluyendo el ensayismo, la literatura y la sociología científica) que contribuiría a interrogar las propias fronteras disciplinares. Un lector atento podría sugerir: ¿Un capítulo no escrito de *Los intelectuales y la invención del peronismo*?

La herencia cabecita

–Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente.

Entonces se dio cuenta que el vigilante también era bastante morochito pero ya era tarde.

G. ROZENMACHER, *Cabecita negra*

Ratier se permite llevar las ciencias sociales hacia la literatura (partiendo de ella). No alcanza lo que la pluma de Rozenmacher condensa en ocho páginas ineludibles. Quizá porque, entre observaciones y anécdotas punzantes, sigue las líneas de una demostración. Quizá

porque la posición tomada (dentro de la misma dinámica de las relaciones de poder que él explica) impida matizar el trazo.

A diferencia del cuento de Rozenmacher, ambos libros de Ratier culminan con frases esperanzadas. Casi diez años habían transcurrido entre aquél y estos. El futuro se presentía más promisorio. En la misma Buenos Aires se podía percibir la “herencia cabecita”: discos folklóricos, películas de Palito Ortega y la ostentosa figura de Sandro ya formaban parte de la vida en la ciudad. Y, sobre todo, la lucha política podía abrir a otra historia, de la que el propio Ratier se sentía partícipe: “Somos, simplemente, compañeros construyendo juntos una alternativa popular” (1971b:111).

Más cerca de este presente, una escena de Fogwill sobrescribe la del cuento (y ayuda a comprender la distancia). Como entonces, están él, ella y la policía, en una noche fría. Como en el cuento, ella es joven, prostituta y reventada. Esta vez, el equívoco se realiza: él es su cafisho. Otra vez, la policía no lleva a ninguno a la comisaría. Esta vez, tampoco busca protegerla a ella ni son hermanos. Mientras transa un paquete de una mejicaneada con los canas, es él quien, como un cuida, no la deja drogarse. Pero fracasa. Al final, ella elige irse en el Chrysler de la brigada. La escena transcurre lejos del centro porteño, en una casilla en el sur del Gran Buenos Aires. No aparece el señor Lanari. Quizá duerma u, otra vez, esté con insomnio.

Bibliografía

- Bueno, M. y Taroncher, M.A. (2006). *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Fogwill, R. (1998). *Vivir afuera*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Guber, R. (1999). “El Cabecita Negra” o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina. *Revista de Investigaciones Folclóricas*. 14, 108-120.
- Margulis, M. (1968). *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Ratier, H. (1971a). *El cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____ (1971b). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rozenmacher, G. (1992 [1962]). *Cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

LA ESCOFINA 02

REVISTA / POSTER / OBJETO

CONSUMO CONSUMISMO CONSUMIDORES

SI NO COMES
TODA LA COMIDA
NO HAY POSTRE



OCTUBRE 2008